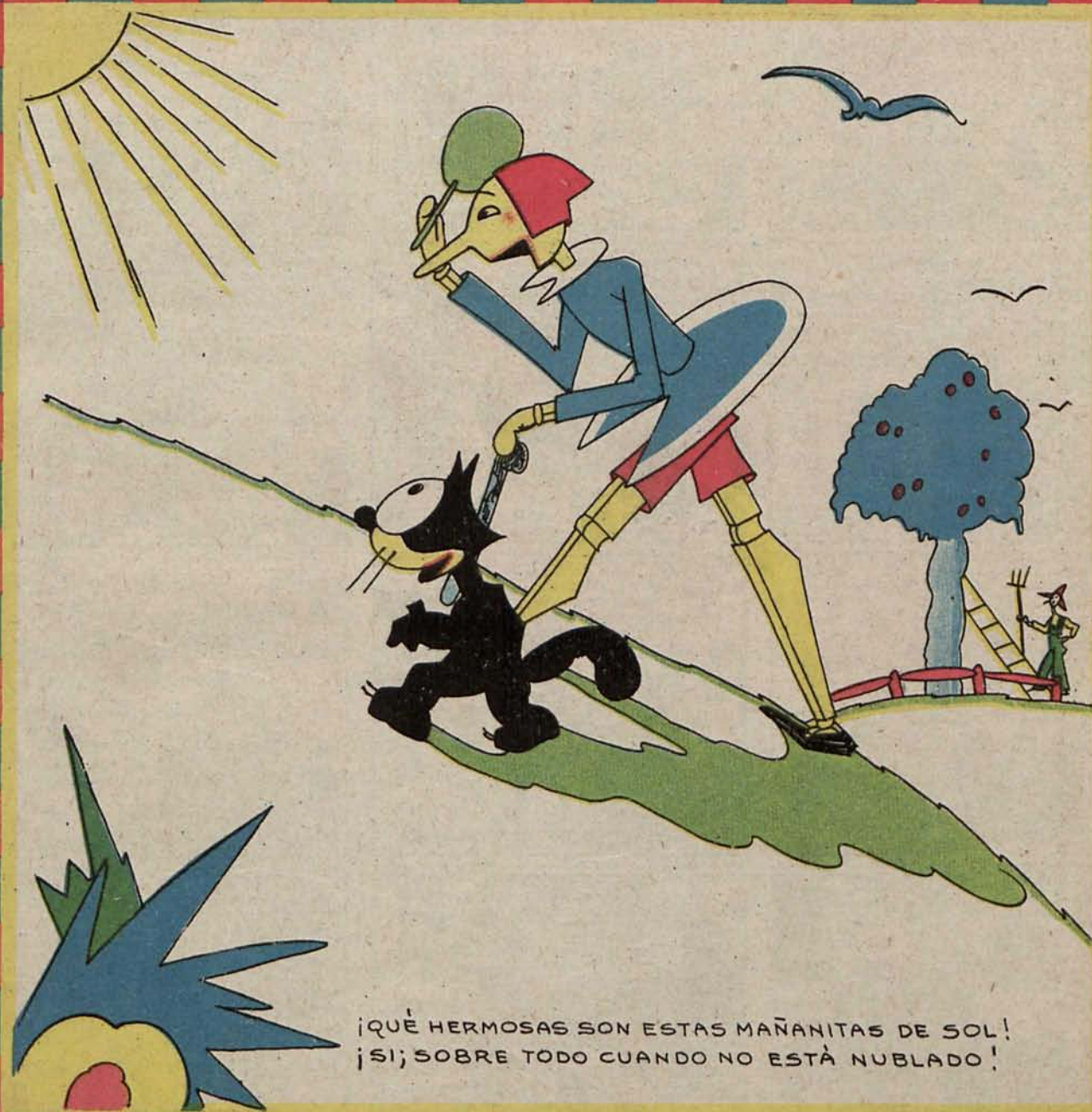


PINOCHO

AÑO. V
NUM. 246

25 cts

3 NOVIEMBRE
1929



¡QUÉ HERMOSAS SON ESTAS MAÑANITAS DE SOL!
¡SI, SOBRE TODO CUANDO NO ESTÁ NUBLADO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A. ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: 5, SEBASTIAN. ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447. SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y A. N. BARBIERI

(Continuación)

la cimitarra del *rajah* de Lahore, que el mismo *rajah* había traído a Calcuta encerrado en un estuche de marfil cincelado y esculpido, que figuraba el primero entre los homenajes principescos.

—¿Y ese diamante tendría un gran valor?

—Un valor inmenso, porque es más gordo que una nuez y de aguas purísimas. Se le evaluaba en cerca de millón y medio, de valor bruto; pero los conocedores le atribuían un valor apreciado en tres veces más. Además el *Zenit* había aparecido allí tan inesperadamente, gracias a la celosa cautela con que lo habían custodiado en el camino los *rajahs* de Lahore, que era el tema de todos los comentarios y los cuchicheos del día, y su nombre y las descripciones que de él hacían los que lo habían podido admirar corrían de boca en boca.

—¿Y Kōwaes?

—Kōwaes... Escuche usted lo que hizo. La noche del 12 al 13 de octubre, a las 12, se relevó la guardia del tesoro, y, como de costumbre, se inició el turno de la vigilancia nocturna a cargo de una compañía de cipayos mandados por un oficial que debía ser sustituido solamente a las cuatro de la mañana. Pero aquella noche, a las dos, aparece la compañía del segundo turno; el oficial que la mandaba comunica al de guardia que el turno acababa de ser reducido a dos horas, y el otro se vuelve al Fuerte con sus hombres, muy contento de ver acortada así su etapa de centinela. Pero, llegado al Fuerte, se enteró de que la orden del cambio anticipado es falsa. Instantáneamente se da la alarma. De allí a media hora, la Residencia del Virrey se ve

invadida por gran número de militares y alborotada por aquel trájín repentino. Entran en el salón del Trono. Nadie: silencio absoluto, orden perfecto. La vitrina, detrás de sus cristales intactos, aun custodia todas sus joyas, todas, menos una. En resumen, el *Zenit* no irradia ya sobre su pequeño trono de terciopelo, y en su lugar destaca en cambio un papelito blanco. Llámase al tesorero, quien comprueba que la cerradura funcionaba regularmente, abre el cristal practicable y saca el papel. Era la tarjeta de V.

—¿La mía?

—Sí, la de usted. Evidentemente, Kōwaes (llevaba consigo la cartera de usted en vez de la suya. Conocida es la legendaria cartulina que el afamado ladrón suele dejar en el campo de sus afortunadas operaciones: *Segismundo Kōwaes da las gracias y saluda*; todo en litografía para ahorrarse una fatiga inútil. Esta vez, en cambio, ha juzgado oportuno no dejar rastro de sí, y ha preferido poner a usted en las astas del toro para impedirle, o más bien para hacer que la justicia le impida continuar su viaje y sus investigaciones.

—¡Ah, canalla!—exclamé yo apretando los dientes.

—Es natural que con un indicio tan claro y especificado se haya expedido con toda urgencia la orden de captura contra el llamado Ralph Hodgsonfiel. Del robo se dió telegráficamente parte a todas las policías del mundo a quienes se enviaron las señas personales del ladrón, señas que corresponden perfectamente a las de V...

—¿Luego se había caracterizado en tal forma que se me pareciera?

—Por lo visto. Para acabar de ponerle a usted al tanto, le diré también que en toda la India se instituyó un servicio especial para dar

con V., y que se ha creado un premio de dos mil libras esterlinas a favor del que lograra apoderarse de V. y otro de setecientas cincuenta para el que diera a la policía indicaciones capaces de hacerle prender.

»—¡Pero hombre! Entonces yo, al constituirme prisionero descubriéndome, me he ganado las dos mil libras—observé bromeando.

»—¡Pídalas V.!—contestó el abogado riendo—Sería una causa originalísima entre nosotros los letrados. Yo le ofrezco patrocinarla.

»—Y Kōwaes ¿cómo pudo tomar soleta?

»—Con precisión no se sabe. Los centinelas del Fuerte afirman sin embargo que vieron hacia las dos un grupo de jinetes pasar a galope desenfrenado por bajo de las murallas y alejarse en la sombra con dirección al Hongly. Pero el robo no fué descubierto sino media hora más tarde...

»—¡Maldición! Ahora él habrá llegado ya al 28° 17' mientras yo estoy aquí, imposibilitado de moverme.

»—¡Imposible moverse...! El *British Life* ha enviado a usted personalmente un giro telegráfico de 500 libras y ha ofrecido la fianza 2.750, importe de las primas que pesaban sobre usted, para que le concedan la libertad provisional. Sólo que, tratándose de un despojo a la Corona, el Tribunal ha rechazado la demanda.

»—Es decir, que mi libertad vendrá, terminado al proceso. Y ¿cuándo se verá la causa?

»—Creo que muy pronto, por lo menos dentro de esta semana. Hoy precisamente se espera al fondista de Delhi y al médico que le prestó a usted asistencia. En cuanto a la actitud que deba usted guardar en los nuevos interrogatorios y en la vista, no añada una palabra a cuanto ha declarado usted ya. Denuncie a su burlador como Arturo Grimmett y no pronuncie el nombre de Kōwaes, lo que no tendría otro efecto que crear a usted nuevas dificultades en el ulterior cumplimiento de su deber de amigo, y acaso provocara represalias por parte de ese poco escrupuloso señor...

»—Pero ¿no cree usted que el denunciar a Kōwaes facilitara mi absolución?

»—Sería un importantísimo elemento más en favor de usted, he ahí todo. Para probar la coartada, bastarán los testimonios del fondista, del médico y del capitán Jopling que vendrá seguramente a declarar que le dejó a usted en el tren precisamente con ese señor... llamémosle Grimmett. ¡Oh! el proceso será de una sencillez excepcional. Los jueces se persuadirán en seguida de la no participación de usted en el delito, y será usted absuelto y puesto inmediatamente en libertad.

»Dí gracias al abogado por sus consejos y sus palabras de consuelo y le rogué se interesara porque me trajesen lo necesario para escribir.

»Él mismo se ofreció luego a echar al correo esta carta para que no tenga que pasar ante los ojos indiscretos del juez instructor, al que entregaré en lugar de ésta un brioso artículo en donde refiero humorísticamente mis aventuras indias, para que lo remita a mi periódico. Bueno será hacerle ver el uso que he hecho de su papel y de su tinta.

»Por telégrafo te comunicaré el resultado del proceso. Entre tanto, a ti y a los amigos os mando un fraternal saludo, augurando que no hemos aun perdido la partida, aunque todo por el momento haga temer que así sea.

»Tu desolado amigo

Ralph.»

IX

Navidad de esperanzas

Nuestra discreción no consiguió evitar que algo de nuestra empresa se transparentase, aun antes de que los despachos del *Berliner Tageblatt* y el *Daily Telegraph* a propósito del incidente Holtzmann pusieran casi sobre el tapete nuestro secreto. D'Alimand tenía muchos amigos y admiradores, y todos se interesaron por su desgracia, a la que entonces se empezó ya

(Continuará en el próximo número).



COLORÍN y su PANDILLA





Entre los hielos del Polo Ártico

por
E. Salgarí

(Continuación)

Habiendo oído hablar de esas grandes cacerías, fui tentado del deseo de tomar parte en una de aquellas expediciones.

Había trabado amistad con un valiente pescador, un tal Miguel Salomeff, llamado el *rey de las morsas*, porque en este género de caza no tenía igual.

Al enterarme de que estaba a punto de embarcarse con uno de sus compañeros, fui a buscarle para ofrecerle mis servicios.

—Eres demasiado buen cazador para que yo rehuse tu ayuda—me dijo Miguel—Vente conmigo y cogemos pieles bastantes para hundir mi barca.

Dos días más tarde embarcábamos en un pequeño *cutter* y dejábamos la desembocadura del Obi, en marcha hacia occidente.

Hacia bastante frío y por lo tanto el mar encontrá-

base cubierto de témpanos de hielo que molestaban no poco nuestro pequeño velero.

Pero esto no me preocupaba, porque tenía plena confianza en la habilidad del *rey de las morsas* y de su compañero, un viejo ruso de la región de Teman.

—Por lo menos me dirás a donde me conduces—dije a Miguel Salomeff, que estaba sentado junto al timón.

—Ya hablaremos de ello, un poco más tarde, cuando vayamos a llegar a la isla de Halguet—me contestó el cazador—No te preocupes por lo largo del viaje, amigo mío.

Mi velero es pequeño pero está a prueba de escollos y las provisiones son abundantes.

Estuvo un momento callado, y después me dijo con cierto aire misterioso:

—Conozco un sitio en donde encontraremos un gran número de morsas. Haremos una verdadera carnicería.

—Siempre que no las hayan matado ya otros cazadores—repliqué.

—Nadie puede haber descubierto aquel refugio. Yo lo encontré por pura casualidad y jamás me había imaginado encontrar tantas morsas reunidas. ¿verdad, Wigo?

—Sí—contestó el viejo ruso—Ya verás que sorpresa al llegar a aquel sitio.

—Bueno—replicó Miguel—Ten cuidado de las velas y abre bien el ojo, pues me parece que el mar quiere enfurrufarse.





Y en efecto, las olas se amontonaban a lo largo de la costa, rompiendo en ella con gran estrépito. Había momentos en que creí que nuestro pequeño velero tenía que irse a pique o estrellarse contra los numerosos escollos que surgían a lo largo de la playa.

Al anochecer el mar se puso aun peor. Soplabla del océano un viento muy frío que nos penetraba hasta los huesos y nos echaba encima una nieve finísima que arrancaba de los grandes bancos de hielo.

Toda la noche luchamos contra las olas, tomando solamente algunas horas de reposo. Nuestro *cutter*, sin embargo, anduvo tanto que al amanecer nos encontrábamos a la vista de la punta Remenka. También allí el mar estaba muy alborotado.

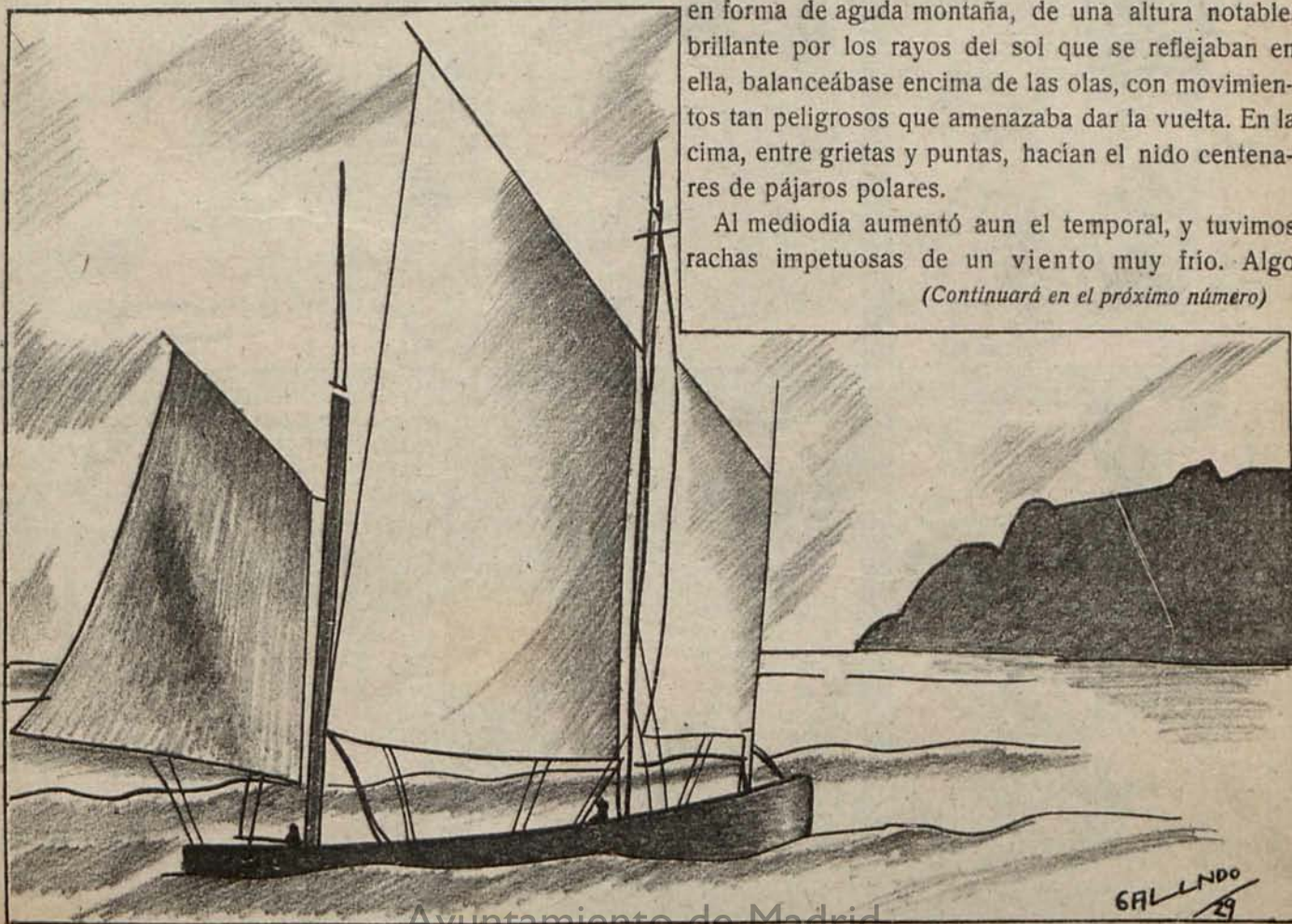
Estando la costa casi cortada a pico, las olas se estrellaban furiosamente, con un estruendo ensordecedor, amenazando tumbar nuestro pequeño velero.

—Me parece que vamos a acabar mal si no encontramos algún refugio—dije a Miguel.

—No en balde fué construído el barco en Zobiska—contestó Miguel Salomeff, que seguía en el timón—¿Y además, desde cuándo una expedición mandada por el *rey de las morsas* cedió ante el mar y los hielos? Ánimo, Wigo, suelta la cuerda y deja que el viento ruja a su gusto y que el mar se alborote tanto como quiera. Si todo marcha bien, os prometo, por lo menos, cincuenta colmillos de morsas y aceite bastante para llenar cuatro veces el bote.

El *cutter* no tardó en alejarse de la costa, arrastrado vivamente por las grandes oleadas que venían del este con todas las velas desplegadas y la velocidad precisa para llegar antes de la noche a la isla de Halguet. El temporal seguía aumentando y las olas se amontonaban entre la isla y la costa de Teman, empujando delante de ellas témpanos de hielo procedentes de las frías regiones del septentrión, de todas las formas y dimensiones, conocidos generalmente con el nombre de *drift-ices*. Aquellas masas de hielo chocaban unas contra otras con violencia. Alguna, en forma de aguda montaña, de una altura notable, brillante por los rayos del sol que se reflejaban en ella, balanceábase encima de las olas, con movimientos tan peligrosos que amenazaba dar la vuelta. En la cima, entre grietas y puntas, hacían el nido centenares de pájaros polares.

Al mediodía aumentó aun el temporal, y tuvimos rachas impetuosas de un viento muy frío. Algo
(Continuará en el próximo número)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



NUESTRO PORVENIR, CURRINCHE, ESTÁ POR LOS AIRES. YO CREO QUE DEBIERAMOS DEDICARNOS DE LLENO A LA AVIACIÓN

YO CREO LO MISMO. ESO DE PASARSE LA VIDA HACIENDO PALOTES, NO ES PLAN



BUENO, PUES MIENTRAS YO ME PEINO PIENSA A VER QUE NOS CONVIENE MÁS, EL DIRIGIBLE, EL AEROPLANO O EL HIDRO

AUN SERVIDOR LO QUE MÁS LE GUSTA SON LOS GLOBOS



PUES NI UNA PALABRA MÁS. AHORA MISMO NOS VAMOS A COMPRAR LOS GLOBOS Y NOS DEDICAMOS DE LLENO A LA AVIACIÓN ¿NO TE PARECE, MORENO?

¡ELE!



AQUÍ ES, CURRINCHE. ENTREMOS Y QUE NOS DEN VEINTE GLOBOS AL POR MAYOR.

ALTO AQUÍ!
VENTA DE
GLOBOS AL
POR MAYOR.



DEJEMOS UN POCUITO

NO PUEDE SER PRIMERO TIENES QUE HACERTE PILOTO



FÍJATE CON QUE ADMIRACIÓN NOS CONTEMPLA



ESE CHICO ES DE MI ESCUELA. SE CONOCE QUE HOY HA HECHO NOVILLOS

ME PARECE QUE NOS ESTÁN TIRANDO CHINITAS, DON TURU.

PAFF



YA HE VISTO AL QUE HA SIDO. TOMA; SUJÉTAME LOS GLOBOS QUE VOY A MASCARLE LA NUEZ



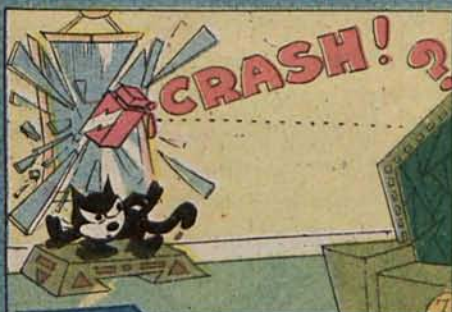
¡A ESE! ¡A ESE! QUE SE ME LLEVA MIS GLOBOS!



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO





CUENTOS DE CALLEJA

LA CAJA DE LOS DESEOS

Castillo



BA por un camino cierto muchacho, cuando se encontró dos soldados que habían recibido la licencia y se volvían a su casa.

Admirados de que viajara solo un chico que apenas tendría doce años, no pudieron menos

de preguntarle:

—¿Adónde vas, chico?

Y el muchacho contestó:

—Voy por la caja de los deseos.

—¿Y qué caja es esa?

—Es una cajita prodigiosa que tiene dentro lo que se quiere.

—¡Vamos muchacho; tu estás malo! ¿Cómo es posible una cosa tan rara como esa? ¡Vuélvete a tu casa, y no te metas en aventuras!

—Ustedes dirán lo que quieran; pero soy aragonés. ¡Otral! He dicho que voy por la caja, y voy!

—¿Y dónde está esa caja?

—Está en la montaña donde se paró el arca de Noé después del Diluvio. Se llama el monte Ararat, y está en la Armenia.

—Y eso de Ararat y de Armenia ¿con qué se come?

—¡Se come con Geografía, y basta ya de bromas!

Hizo gracia a los soldados el muchacho, y se ofrecieron a acompañarle.

—¿Conque eres testarudo?—le preguntaron.

—¿Que si lo soy? ¡No lo saben ustedes bien!

Con estas pláticas y otras parecidas les pareció menos largo el camino, y al cabo de dos años, día más, día menos, llegaron a la falda del monte Ararat.

—¿Es ésta la falda?—preguntó el aragonés — ¡Recontral! Pues ¿cómo será la sobrefalda?

Cerca de aquel sitio había una casita, y a la puerta de ella oraba un fraile de lengua barba blanca, al que preguntaron si aquel monte era el de la caja de los deseos. El fraile les dijo:

—En efecto, hijos míos; allá se encuentra, en lo alto de la montaña, junto a los vestigios del arca de Noé. Pero no hay

quien llegue a poseerla, porque al llegar a la mitad del monte se apodera del que sube un sueño tan profundo, que pierde el conocimiento; y cuando lo recobra se encuentra aquí mismo, sin saber cómo le han traído.

—Pues si no es más que eso, vamos a probar.

—Pues venced el sueño—dijo el fraile—, y desconfiad de las aves.

Despidiéronse del religioso, y comenzaron a subir por la montaña. El muchacho iba cargado con unas pequeñas alforjas de las cuales nunca se separaba.

Por fin llegaron a una pequeña explanada situada a la mitad del monte, y allí se sentaron los tres.

—¿Sabes—dijo uno de los soldados— que me entra un sueño de primera?

—¡Pues el que yo tengo no es de segunda!—contestó el otro.

—¡Y el mío—añadió el muchacho—no es de tercera!

—Pues echemos un sueño, y luego seguiremos—dijo el primero.

No bien dejaron caer en el suelo la cabeza, cuando se quedaron dormidos como troncos.

El aragonés quedó sin saber qué resolución tomar; pero de pronto dijo;

—¡Canastos, que no me acuestol! ¡Si me

duermo, ha de ser andando!

Y echó a correr monte arriba.

Al principio el sueño le dominaba en tales términos, que apenas podía moverse; pero no bien hubo andado cien pasos por encima de la meseta, empezó a despejarse, y ya no sintió el menor sueño.

Con todo, la fatiga era mucha, y comenzó a sentir hambre y sed.

—¡Estaba—decía el chico—por sentarme y tomar un bocadol! En esto un águila que volaba cerca de allí gritó:

—¡Siéntate y come!

—¡Otral!—dijo el aragonés—El Padre me dijo que no me fiara de las aves, y como el águila es ave, no me fio de ti.





El águila comenzó a dar vueltas alrededor del muchacho, el cual no le quitaba ojo. De pronto se lanzó sobre las alforjas, con ánimo, sin duda, de llevárselas por el aire; pero el aragonés tomó tan bien sus medidas, que no había hecho el águila más que llegar a dos metros de él, cuando recibió dos estacazos en la cabeza.

Tan fuertes fueron los golpes, que el águila cayó atontada.
—¿Querías llevarte mi comida? ¡Toma por ladrona!

De pronto el águila se convirtió en un lobo, que se lanzó con la boca abierta sobre el aragonés; pero éste, que tenía mucho valor, le dijo:

—¡No me hiciste temblar de águila, y tampoco te temo con ese pelaje! ¡Ven, y te daré para castañas!

Y manejando el garrote con la velocidad del viento, le propinó tal golpe en la boca, que le hizo escupir los colmillos.

El animal cayó; pero al tocar el suelo se convirtió en un toro de afilados cuernos, que mugió con furia y arremetió al muchacho.

—¡Caramba, y como ha crecido! ¡Poquito que me gusta torear!

Y desplegando la manta a guisa de capote, comenzó a burlarse del toro como si se tratara de un cordero.

Por fin el animal desapareció, convirtiéndose en un inmenso cigarrón con grandes alas.

—¡Móntate sobre mi lomo!—dijo éste.

—¡Diselo a quien te crea!—contestó el muchacho.

—Soy amigo tuyo. ¡Sube te digo!

—La verdad es—se dijo el chicuelo—que de quien debo desconfiar es de las aves; pero el cigarrón no es ave, y eso que tiene alas.

Por fin se decidió, y colocando primero sus alforjas sobre el

lomo del cigarrón, iba también él a montar, cuando el insecto echó a volar gritando:

—¡Ya eres mío, tonto; ahora voy a estrellarte!

El aragonés comprendió que el cigarrón, al sentir el peso de las alforjas, creyó que ya se había montado el chico, y por eso levantó el vuelo y desapareció.

Ya en la cima, vió una cajita colocada sobre una piedra. La co-

gió, y para cerciorarse de que era aquélla la de los deseos, dijo.

—¡¿Versi están dentro mis alforjas!

Metió la mano, y, en efecto, las encontró. Eran muy pequeñas; pero conforme tiraba de ellas iban recobrando su tamaño natural.

Creyendo tener en su poder la caja de los deseos, la guardó y echó a correr monte abajo, deseando llegar a la casa donde el fraile le esperaba.

Allí vió a los militares, que no disimulaban su contrariedad por haber fracasado en su empresa.

—¿Traes la caja?—le preguntaron.

—¡Aquí está!—dijo el chico.

—¡Pues nuestra es!—gritaron los soldados.

Y abalanzándose sobre el aragonés, pretendieron quitársela.

El muchacho exclamó:

—¡Deseo que os metáis en la caja!

Los militares se achicaron y entraron en la cajita.

La cerró el muchacho, y se volvió a su

pueblo.

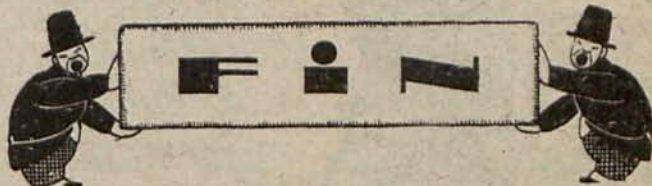
Pero después tuvo lástima de aquéllos, y quiso que salieran; mas estaban tan estropeados, que al de Ricla se le ocurrió desear que llegaran en seguida a su pueblo, y la caja tomó carrera y se los llevó por el aire.

El muchacho es ya un hombre rico, que tiene cuanto dinero le da la gana, pues no tiene más que desearlo. Hace muchas obras de caridad, y tiene fama de bueno.

El otro día un ladrón le abrió la caja misteriosa, con ánimo de robar lo que hubiera dentro; pero se encontró con que no había nada. Estaba vacía.

—¿Y dónde está ahora la caja?—preguntará algún lector curioso.

Pues la caja de los deseos la tenemos todos al alcance de la mano. Con perseverancia y fe se alcanza siempre lo que se quiere.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón ¿qué quieres saber hoy?
—Espera un momentito que me lave las manos y en seguida estoy contigo.

—Ya, ya. Te has puesto unas manos que parecen un carbonero.
—Los hombres de ciencia tenemos a veces que mancharnos las manos y hasta la cara.

—¿Qué importante estás hoy, señor Chononcito! ¿Has hecho algún experimento en el fogón de la cocina?

—No te equivocas. He estado trabajando como un herrero, con el carbón y un hierro candente a vueltas, y así me he puesto estas manos y esta cara.

—Bueno, pero de todo eso lo más interesante es saber el motivo de tus manipulaciones. Algo has estado haciendo que ha merecido la pena de que te ensuciara las manos de este modo.

—Desde luego, ya sabes que yo no hago las cosas así porque sí. Los hombres de ciencia...

—Bien hombre, No te des tanta importancia y dime de una vez lo que has hecho en la cocina. Me tienes intrigado.

—¡Ah, caramba! Ya veo que hay buhos tan curiosos como el curioso Chonón. Ya no soy yo solo el que me impaciento por saber las cosas. Pues he de decirte que precisamente en esos experimentos que he hecho está el tema de nuestra charla de hoy.

—Venga ese tema en seguida si no quieres acabar con mis nervios.

—Calma, amigo buho, calma. Todo llegará. Mi entretenimiento científico de esta mañana ha consistido en lo siguiente: He cogido las tenazas que hay para el carbón, las he metido entre las ascuas del fogón...

—Y se habrán puesto al rojo.

—¡Naturalmente! Y cuando estaban completamente al rojo las he sumergido en agua fría.

—Y el agua se habrá puesto a hervir ¿no es eso?

—Si señor, y este fenómeno me lo explico yo perfectamente, porque el agua necesita para hervir calor, y este calor lo mismo da que lo proporcione las brasas de carbón que un hierro incandescente, ¿no es así?

—Exactísimo. La cosa es tan sencilla y tan clara que no necesita explicación.

—Tampoco te la pido. Veo el fenómeno con toda claridad. Los hombres de ciencia...

—Y dale con la importancia. ¡Estás hoy irresistible!

—Pero mis observaciones no han terminado aquí. He seguido paso a paso todos los fenómenos que se producen al introducir en agua el hierro candente y he observado otros detalles curiosos.

—Habrás notado un acentuado ruido de chisporroteo.

—Si señor.

—Y unas burbujas que al salir a la superficie revientan y dejan escapar nubecillas de humo.

—Hablas como si lo hubieses estado viendo.

—¡Amigo mío, los hombres de ciencia sabemos muchas cosas!

—Y que lo digas.

—Supongo que ese fenómeno del chisporroteo también te lo explicarás.

—¡.....!

—¿Te callas? ¿Pero es que no sabes a qué obedece eso? Entonces los hombres de ciencia...

—¡No me tomes el pelo, señor buho! Para eso recurro a ti que eres para mí el mismísimo sabio Salomón.

—Pues como te decía antes, los hombres de ciencia sabemos perfectamente a qué obedece ese fenómeno.

—¿Y yo no lo puedo saber también?

—¡Hombre, no faltaba más! ¿Para qué estoy yo sino para satisfacer tu curiosidad? Fíjate en lo que voy a decirte y verás cómo el fenómeno es fácilmente explicable.

—Soy todo oídos.

—Tú sabes, sin que yo necesite decírtelo, que el agua por efecto del calor se evapora.

—O sea que se convierte en vapor.

—Exacto. Pues bien, al sumergir en el agua un hierro que esté al rojo, toda el agua que está en contacto con el fuego del hierro se evapora y el gas que esta evaporación produce se une a las partículas de aire que siempre hay en el agua y forma unas ampollas completamente redondas que por su menor peso que el agua se suben a la superficie.

—Y que parecen unas ampollitas de aire.

—Como que en realidad son unas ampollitas de gas revestidas de una envoltura de agua. Estos pequeños globitos, al llegar a la superficie y ponerse en contacto con el aire exterior, revientan a causa de la fuerza expansiva del gas que contienen y cada explosión produce su correspondiente ruido.

—¡Y como son tantas...!

—Se produce ese chisporroteo característico que ha despertado tu curiosidad.

—Lo comprendo clarísimamente, y ahora me explico por qué introduciendo en el agua un hierro frío no se produce el mismo fenómeno.

—Naturalmente. No es el hierro el causante del chisporroteo, sino el calor. Puedes hacer la misma prueba con un trozo de madera u otro cualquier objeto que esté ardiendo y el fenómeno se repetirá igualmente. Y también puedes hacer el experimento, sin necesidad de recurrir al fuego. Basta con que hagas un cucurucho de papel y hagas salir de él violentamente el aire que contiene.

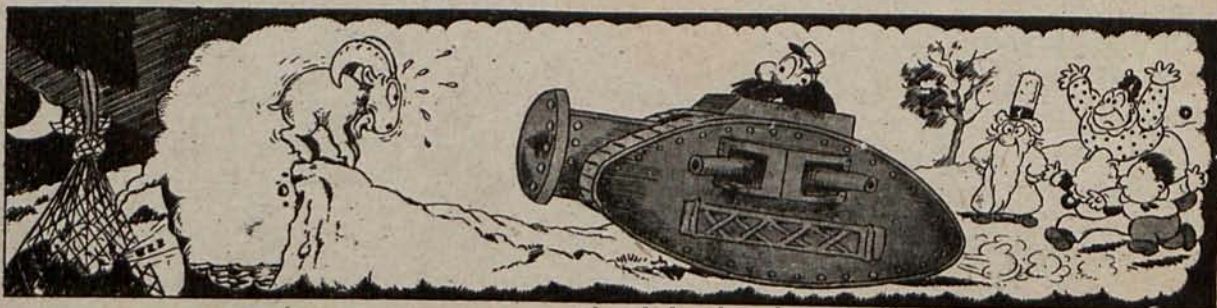
—¿Es el mismo caso?

—El mismo. El cucurucho o la bolsa no es ni más ni menos que una burbuja o una ampolla con envoltura de papel, que no revienta por sí sola a causa de la resistencia de la materia envolvente, pero si la oprimas violentamente entre las manos, dándole un golpe seco, sale el aire empujado por la presión del golpe y se produce una explosión análoga a la de las burbujas del agua.

—Igual entonces que cuando un globito de goma, lleno de gas, se pincha con un alfiler.

—Completamente igual, querido Chonón.

—¡Somos unos hombres de ciencia! ¿verdad buho? Todo lo sabemos, todo lo explicamos; así da gusto.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



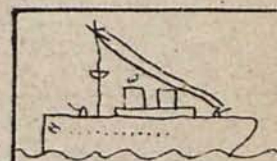
Aguila
Santiago Rodríguez, 12 años



Curriñe sastre
Luis Gabriel



Un picador
Robertín Soler, 5 años



El barco del Capitán Corretón
Juanito de la Serna



Dos héroes.—E. Piquero



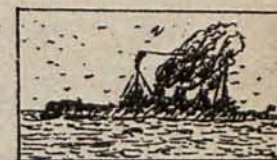
La lechera
M. Elena Anguera



Curriñe en su tierra
Julián Orcazarán, 13 años



Aldeanita
Lolita Fernández



El almirante Cervera
José Andrés R.



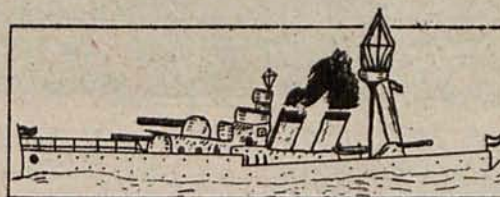
Dofia Casimira
Alfonso Calvo



Pulgarcito
M. E. y Polin Blande



Plintura religiosa
del siglo XIII
Francisco del Castillo



El almirante Cervera.—Salvador Matz, 12 años



Velázquez
Alfredo Schulze



Morronguis
Julián Orcazarán
13 años



Barco
Gabriel Ruiz



Vapor en alta mar
Luis del Campo, 11 años



Un castillo.—María García



Dos chinos
Elvira García



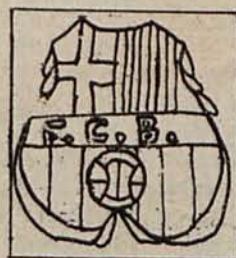
Miriña
Antonio Candel
11 años



Un marino
Luis Gabriel



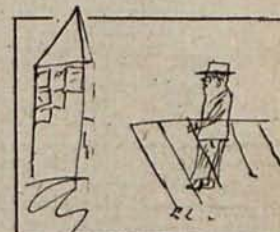
El Gordito
F. Baraona



El escudo del F. C. B.
por N. N.



Un boxeador entrenándose
Andrés Ruiz de la Rosa

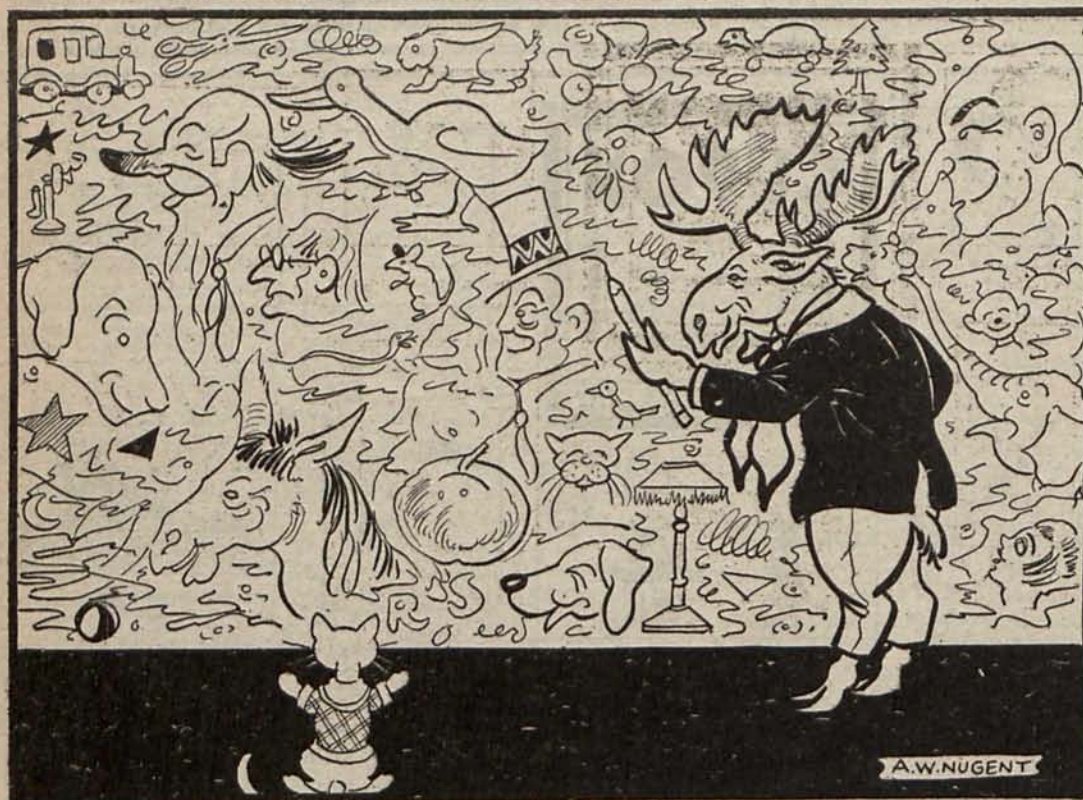


El tío Cosme
Manolo de la Iglesia, 12 años

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE NOVIEMBRE

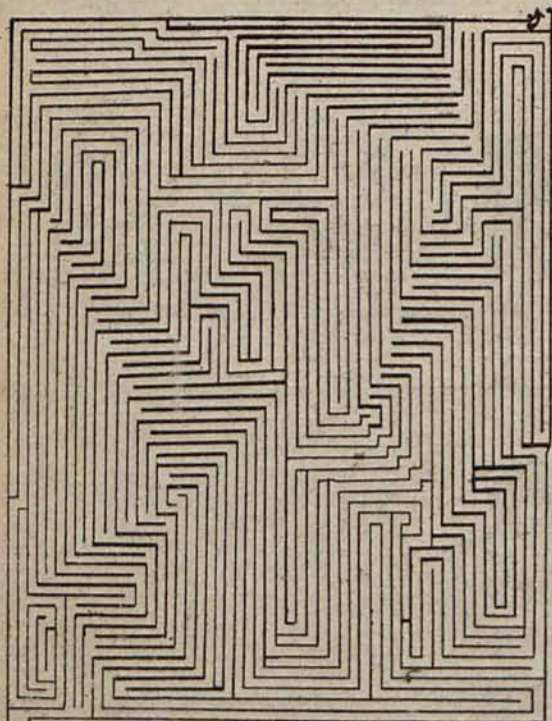
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL ELEFANTE, LA CABRA Y EL OSO



A este insigne artista le han encargado que dibuje un elefante, una cabra y un oso, pero a él se le ha olvidado el encargo, y se ha puesto a dibujar a ton-tas y a locas como podéis ver en el grabado. Menos mal que, sin querer, ha trazado los contornos de dichos animalitos. ¿Podéis decir vosotros dónde están? ¡Pero, ya lo creo que podéis! ¿Cómo se me puede haber ocurrido dudar de vuestras poderosas dotes detectivescas...?

EL POZO DEL BOSQUE



Crisóstomo Mejillones tenía dos debilidades; el vino y la guitarra. Una noche tormentosa, del invierno pasado, se dirigía a su casa con paso vacilante y gestos estúpidos. Con lo dicho basta para comprender que Crisóstomo iba borracho. Pero antes de seguir adelante, bueno es que sepáis que la casa de Mejillones estaba enclavada en el centro de un espeso bosque. Dicho esto, continuemos. Con la guitarra debajo del brazo, el aspecto de Crisóstomo en aquella fría noche era verdaderamente lamentable. Andaba casi a tientas pues la obscuridad era completa... De repente sus pies perdieron terreno y Crisóstomo cayó pesadamente al suelo... Pero, en esta ocasión no era la borrachera la causa de su caída. Crisóstomo Mejillones había caído en un pozo. Como por encanto se le quitó la borrachera. Tanteó las paredes. De allí no podía salir... por arriba... De repente halló una puerta, introdujose por ella y... estuvo 65 días andando por el laberinto que aquí podéis ver. Al cabo de ellos encontró una salida.

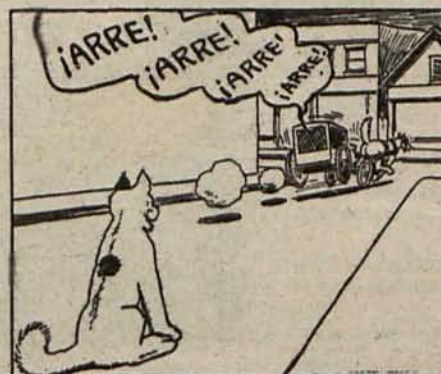
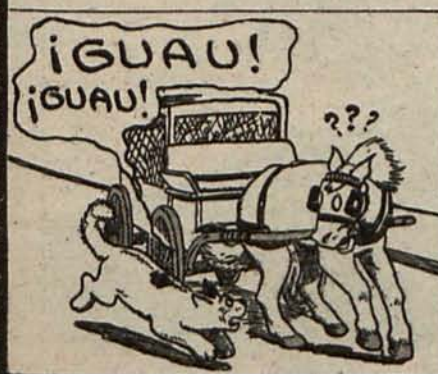
¿Podéis indicar el camino que siguió Mejillones?

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES **246**
DE NOVIEMBRE

Envío del Pinochista D.

ANITA

BUEN- CORAZON





Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA

Las cinco avellanas de Cascabelina

(FIN)

Ocho días llevaba Cascabelina viviendo sola en el palacio, cuando empezó a aburrirse sin duda por no hacer nada, pues a la

soledad estaba acostumbrada, pero trabajando. Se resolvió a ir a pedirle a Plín que le hiciera compañía. Le encontró en el jardín, durmiendo en su avellana, y le despertó:

—¿Qué tal te encuentras en tu nueva residencia?—preguntó Plín.

—Muy bien, pero...

—¡Ah! ya veo lo que te falta—interrumpió el hombrecito—Sin duda te aburres de llevar siempre el mismo traje. Mañana será cumplido tu deseo.

Dicho esto tornó a encerrarse en su avellana y Cascabelina oyó tan sonoros ronquidos que no se atrevió a protestar y se volvió a su palacio.

A la mañana siguiente, cuando abrió los ojos, vió entrar en su cuarto doce vestidos a cual más lujoso y elegante; pasó tres días probándoselos y mirándose en todos los espejos; luego, aburrida de nuevo, tornó en busca de Plín.

—¿Qué se te ofrece?—preguntó el hombrecito desperezándose.

Cascabelina, intimidada, se miraba la punta de los pies; Plín creyó adivinar su pensamiento:

—¡Ah! vamos—exclamó—soy imperdonable; dejar que lleves tanto tiempo el mismo par de zapatos! tienes sobrada razón; mañana, al despertarte hallarás cumplido tu deseo.

Y se durmió tan pronto que Cascabelina no tuvo tiempo de protestar.

A la mañana siguiente, cuando abrió los ojos, vió entrar en su cuarto como un pequeño ejército de ratones; eran doce pares de zapatitos de todas las formas, a cual más lindo; los había de raso, de tisú, de oro y de plata, de nácar, de cristal, de piel, de plumas de cisne ¡qué se yo! Se los probó todos y como nada anima tanto a la danza como un calzado bonito, se puso a bailar. Pero el bailar sola carece de atractivos y Cascabelina fué a pedirle a Plín que le sirviera de pareja. Al oír la llegar, el enanito que estaba dormido—naturalmente—en su avellana, despertó y la dijo:

—Una vez más adivino tu pensamiento: te faltan alhajas que hagan resaltar tu belleza y tu elegancia; vé tranquila, mañana tendrás tantos collares y pulseras como pueda desear una reina.

Se volvió a dormir, pero esta vez Cascabelina estaba tan furiosa que resolvió no permanecer allí por más tiempo. Y huyó de aquel palacio tan aburrido como suntuoso.

En el camino, se detuvo un instante. ¿Hacia dónde caería su casita? ¿Cómo volver a ella? En aquel momento, una mariposa blanca vino a revolotear ante sus narices con tal insistencia que la niña comprendió muy bien que quería servirla de guía y la siguió.

Halló su casa limpia y en orden, como la había dejado; la lumbre estaba encendida y junto al hogar su gato estaba acurrucado y lanzó un suave maullido de alegría al ver entrar a su ama.

Cascabelina esta encantada:

—Más me vale—pensó—la compañía de un gato que la de un hombrecito, por muy lindo que sea, si está durmiendo siempre metido en una avellana.

La caminata que había hecho le había abierto el apetito; maquinalmente dió tres palmadas y quedó sorprendidísima al ver que lo mismo aquí que en el palacio, una mesa abundantemente servida surgía ante ella; por lo visto Plín la seguía protegiendo desde lejos.

Luego se acostó, se durmió y soñó; soñó que Plín lloraba su marcha y su ingratitud; al despertarse, se echó a llorar arrepentida.

—He sido muy mala con Plín que me había regalado un palacio tan magnífico y tantas cosas preciosas; me he marchado sin despedirme siquiera; ¡pobrecillo! él no tiene la culpa de ser tan chiquitín que cabe en una avellana, ni de tener sueño siempre.

En este instante, oyó un ruido de cascabeles y se precipitó a la ventana: la carroza de Plín se detenía ante la puerta y el hombrecito entraba en la casa.

Se inclinó ante Cascabelina y he aquí que crece, y crece hasta llegar a ser un caballero de una estatura normal.

Naturalmente, contó a Cascabelina no sé que historia de hechizo que le hizo una mala bruja a quien había ofendido y que le castigó, achicándole, encerrándole en una avellana y condenándole a un sueño constante.

Todo aquel relato era un poco complicado, por lo cual Cascabelina no se enteró muy bien de él; lo que sí comprendió fué que Plín era un príncipe, estaba enamorado de ella y venía a ofrecerle su corona, su fortuna y su corazón.

No os puedo dar muchos detalles sobre la vida que llevaron, de casados, sus Altezas el príncipe Plín y la princesa Cascabelina; lo único que sé, es que su palacio era famoso en muchas leguas a la redonda por sus banquetes succulentos; como que, cuando había invitados, la princesa, recordando los tiempos en que se ganaba la vida fabricando tartas y bartolillos, caramelos y empanadas de hojaldre, bajaba a las cocinas y cubriendo su vestido de terciopelo con un mandil blanco, hacía ella misma los postres.

Y, como entre éstos, siempre había alguna tarta como la que ya conocemos, el propio príncipe le servía de pinche y, recordando él también otros tiempos, la ayudaba a cascar avellanas.

